

Impacto

NO TENGAN MIEDO. ESTÉN PRESENTES.

Toda persona es preciosa a los ojos de Dios.

Junio, 2020

¿Se han dado cuenta? Cuanto más tiempo hemos permanecido en casa, solos o con la familia, más hemos reconocido nuestra necesidad de los demás. Anhelamos un abrazo amoroso, un apretón de manos amistoso, una conversación tranquila o una experiencia compartida en un concierto o juego de pelota con cientos o miles. En nuestra cultura a menudo individualista y autosuficiente, nos hemos dado cuenta de repente de que no estamos destinados a estar solos.

Quizá el vernos forzados a quedarnos

en casa nos ha llevado a comprender que uno de los mejores regalos que podemos dar o recibir es la presencia, el simple acto de estar con otra persona: familia, amigos, nuestra comunidad de fe o aquellos que son más vulnerables. Incluso en este momento cuando mantenemos una distancia física entre nosotros, podemos y debemos estar presentes.

Es posible que no podamos recibir la presencia eucarística de Cristo en este momento, pero el Señor todavía está con nosotros. Y podemos ofrecer la presencia de Cristo a los demás a través de nuestra presencia con ellos.

Puede parecer extraño pensar en la presencia cuando estamos físicamente ausentes de tantos a quienes amamos y extrañamos. Sin embargo, ¡cuán creativos nos hemos vuelto para estar presentes el uno con el otro en estos momentos! Sabemos en nuestros corazones que esto es esencial. Estar con y para los demás es lo que todos necesitamos. Es la forma en que Dios nos creó, nosotros que fuimos creados a imagen de Dios, quien en su

naturaleza trina es relacional.

Visitas en las entradas de las casas, tiempo social virtual, pan recién horneado en la puerta con una nota escrita a mano, una larga conversación por teléfono o videollamada — así es como estamos presentes el uno con el otro en estos momentos, incluso mientras esperamos un momento en el futuro cuando podamos permanecer en ese abrazo amoroso que tanto anhelamos.

En el pasaje del evangelio que escuchamos el 21 de junio, Jesús se está preparando para enviar a los Doce en su misión de amor, a

estar presentes para aquellos con quienes se encuentren. Son enviados a sanar, perdonar y compartir la buena nueva de la venida del reino de Dios. La misión tiene sus riesgos, por supuesto. Se enfrentarán al rechazo, la persecución y el odio. Jesús les dice a ellos, y a nosotros, que no hay necesidad de temer daños corporales, sólo deberíamos estar preocupados por lo que puede matar el alma.

No debemos temer porque somos preciosos a los ojos de Dios. Este parece un mensaje especialmente apropiado para nosotros para escuchar este mes. Hay mucho sufrimiento y muerte en medio de nosotros. Muchos están cansados de la separación, preocupados por la pérdida de empleos, lamentando la muerte de sus seres queridos. Jesús nos habla hoy. No tengas miedo.

Reconocer que estamos “hechos con un maravilloso temor”, el don de sí mismo, nuestra presencia, es un verdadero signo del cuidado y amor de Dios por cada uno de nosotros. Ese regalo no se puede disminuir con el tiempo.

No tengas miedo. Está presente para con los demás. Cada persona es preciosa a los ojos de Dios, incluyéndote a ti.

HAZ EL INTENTO. COMIENZA YA. PON A DIOS PRIMERO.

Jesús tiene un mensaje desafiante para que lo escuchemos hoy: poner a Dios primero. (Ver Mt 10:37-42, evangelio del 28 de junio), Jesús les dice a los apóstoles que lo amen más que a su padre, madre o hijos. Eso suena duro. Extremo. Y de alguna manera, lo es. El discipulado es una forma de vida extrema. Y una forma de vida extremadamente significativa. Hay una profunda sabiduría en las palabras de Jesús. "Quien encuentre su vida, la perderá, y quien pierda su vida por mí, la encontrará". (Mt 10:39)

Poner a Dios primero inmediatamente pone en marcha un reordenamiento de nuestras vidas. Las cosas más importantes son lo primero, y las formas en que usamos nuestro tiempo y recursos son un signo de lo que realmente importa, quién realmente importa, en nuestras vidas. Jesús no quiere que ignoremos a nuestra familia o amigos, pero quiere que nuestras relaciones y todo lo que hagamos se arraiguen en nuestra relación amorosa con Dios.

Hay más. Jesús quiere que vivamos para Dios y para los demás. Nuestra relación con Dios se convertirá en el filtro a través del cual determinemos nuestras prioridades. ¿No es esto lo que ha sido tan difícil en la necesidad de quedarse en casa, mantener el distanciamiento social, usar cubrebocas y tomar precauciones en la forma en que interactuamos con los demás? Hacemos esto para proteger a los más vulnerables entre nosotros y no sobrecargar a nuestros hospitales y proveedores médicos. "Perdemos" la libertad de movimiento por el bien de los demás, y al hacerlo "encontramos" la vida, la forma de vida de entrega a la que Cristo llama.



IMPACTA ESTE MES

Renueva tu resolución de poner a Dios primero en tu vida.

Invita al Espíritu Santo a inspirarte a reordenar tu vida para que Dios se convierta en el filtro a través del cual determines tus prioridades.

Arriésgate a dar de ti mismo a los demás.

Confía en que el Señor está contigo mientras vives más plenamente para Dios y para los demás.

FE 2020

por Leisa Anslinger

Recientemente estuvimos hablando por video llamada con nuestra hija y nietos. Habían ido a un parque a caminar, y Patrick estaba decepcionado de que no pudiera subirse a los juegos. Suspiró y dijo: "¡Sólo quiero volver a ser normal!" Creo que muchos de nosotros podemos identificarnos con Patrick, de cinco años. Sólo queremos volver a ser "normales". Las personas hablan de la "nueva normalidad" o, como escuché recientemente, del "ahora normal".

Podríamos anhelar lo que parecía normal hace unos meses y, sin embargo, sabemos que la vida ha cambiado y no volverá a ser como era. Incluso cuando pase la pandemia, que en algún momento lo hará, las cosas no volverán repentinamente a su estado previo a la pandemia. Parte de nuestro ajuste mental, emocional y espiritual debe ser aceptar esta realidad. El cambio es parte de la vida. Y eso es especialmente cierto para nosotros que seguimos a Jesucristo. La vida del discipulado es, por su propia naturaleza, una vida de cambio, de conversión continua, de parecerse más a Aquel a quien conocemos como Señor y amigo.

Esto me ha llevado a apreciar que la vida siempre debe ser "normal", si normal significa aceptar complacientemente las cosas como son. Así como el tiempo ordinario no tiene la intención de ser "ordinario", sino más bien el tiempo ordinario, contado, marcado por el misterio del amor de Dios y nuestro llamado al discipulado, todos los días deben ser sagrados, santos y tener la profunda posibilidad de la gracia de Dios. Que esta vida, marcada con la plenitud del amor y la gracia de Dios, sea nuestra normalidad, ahora y en la eternidad.

Trayendo la fe a la vida. Encontrando vida en la fe.